

# lecturas

---

## Las mujeres al poder

Luego de la transmisión por el canal 11 de entrevistas con mujeres de trayectoria política, las entrevistadoras, Sabina Berman y Denise Maerker, publican la primera serie con ampliaciones y textos de presentación de Sabina Berman muy agudos y eficaces. Se dialoga con Elba Esther Gordillo (la conquista del poder sectorial), la comandante Elisa o Gloria Benavides (la lucha contra el poder), Rosa Luz Alegría (la llegada sorpresiva al poder), Silvia Hernández (la disciplina en la obtención del poder) y Rosario Robles (el arribo militante a un poder inesperado, ajeno a las tradiciones de una izquierda hasta hace muy poco separada de las experiencias de gobierno) *Mujeres y poder* (Editorial Raya en el Agua, México, 2000) es un documento de interés radicado en el despliegue de cinco personalidades para nada complementarias y en las descripciones muy severas, explícitas o implícitas, del control machista de la política. Entre otras cosas, se subrayan las siguientes:

—Con frecuencia, aunque esto disminuye, el machismo ha considerado inevitable que las muje-

res accedan al poder a través de la vía sexual. Sus compañeros de lucha, resume Elba Esther Gordillo, creían que “sólo servíamos para el sexo”. Y hay que probarles lo contrario.

—Para que el poder ya no sea asunto estrictamente masculino, se requiere de la gran movilización cultural de las mujeres y de la naturalidad en el manejo de los puestos de mando. La movilización cultural desemboca en la resistencia a los prejuicios, y la naturalidad se ayuda con las decenas de miles de profesionales (abogadas y médicas, ingenieras y astrónomas). Las aptitudes aprobadas de funcionarias y dirigentes y, muy especialmente aunque esto no parezca primordial, la democratización de las tareas hogareñas. Mientras eso no ocurra, prevalecerá la fórmula descrita por Silvia Hernández, “profesional de la política”: “Si quieres ganar, tienes que ganar con las reglas, no puedes ganar con tus reglas. Este es un mundo masculino: hay que correr cien metros en nueve segundos. ¿Tú quieres ser mujer y correrlos en 18 y que te den el lugar? Pues no, tienes que correr cien metros en nueve segundos. Y si el récord se baja un segundo más, tú tienes que bajar un segundo más. Las expresiones de este mundo son masculinas y las

demandas hacia las mujeres son masculinas. Tienes que acatarlas. Desde luego nunca llorar, no reírte demasiado, las mujeres siempre se están sonriendo, no interrumpir repentinamente al jefe. Vas acostumbrándote, son las reglas y entonces las usas."

—El poder es todavía en gran medida. Un asunto de paciencia e intrepidez escalafonarias. (Esto, en el caso de que no se provenga de dinastías políticas y empresariales, o de que no se irrumpa con fuerza en la política en el momento propicio). A las mujeres se les reserva la familiaridad con la base de la pirámide. Cuenta Elisa su experiencia en una granja aislada en Nepantla, con un grupo guerrillero, el Frente de Liberación Nacional, de gente dispuesta a sacrificar la vida en aras de la igualdad: "Estábamos hasta el gorro (de recibir gente, de acomodar cosas, de empacar, de hacer la comida), ya habíamos aprendido a criar pollos y a hacer tortillas de nixtamal y no había formación política ni teórica. Decíamos qué es esto, que escándalo. Entonces pedimos entrenamiento militar, pedimos formación política y el encargado de la casa que era Manolo nos preguntó qué habíamos leído y nos dieron alguna cosa para leer. Me acuerdo que yo empecé a leer o a releer tal vez *El*

*estado y la revolución* de Lenin y no recuerdo qué cosa estaba leyendo María Luisa pero algo así también, ¿no?"

—El poder, en medios burocratizados (¿y qué medio no lo es a estas alturas, o acaba siéndolo en tres semanas?), es refractario a los asaltos y a la simple demostración de méritos. Para acercarse a sus atmósferas, un método probado es la astucia que en los hombres suele ser mérito de la picaresca, el compadrazgo o el paisanaje, y en las mujeres intrepidez riesgosa. Cuenta Elba Esther Gordillo su primer acercamiento al líder del magisterio Carlos Jonguitud: "Un día decido que debo conocer al maestro Jonguitud y hago todo aquello que me pueda conducir a conocerlo. Le pedí a Ramón (un amigo) que me presentara con él. Pero Ramón no quiso hacerlo y no quiso hacerlo porque sabía de mi historia disidente. Como él no lo hizo pues yo busqué los caminos para llegar a conocerlo. Fui con una maestra de mi zona que era muy audaz y le dije: tengo que conocer al maestro, quiero saber cuál de las dos partes es la verdad (la del SNTE o la disidencia magisterial). Entonces nos fuimos a esperarlo a que saliera de la Sección Novena en su carro. Nosotras en mi carrito y ahí vamos y así nos saludamos y así nos invitó un café".

—El poder es también la gran abstracción, lo indescifrable que va de considerar su sabrosura (“El fruto prohibido: la manzana que no nos debemos de comer: eso es para las mujeres el Poder. Pero hay que comerse las manzanas, son riquísimas”, afirma Rosario Robles) a la franca depresión de Rosa Luz Alegría: “Yo si sabía que (Carlos Salinas de Gortari) estaba fastidiado. Mi presencia en la Secretaría de Turismo, mi influencia en el sistema de planeación, mi cercanía al Presidente lo sacaban de juicio. Por eso, cuando sale como candidato del PRI, pienso: ya no se trata de un sexenio sabático, se trata de que ya no hay más, se acabó... Entonces sí tengo una crisis de unos cuatro, cinco semanas y una gran depresión...No me llamaba la atención absolutamente nada. Ni siquiera se me antojaba leer. O ver televisión. Simplemente me la pasaba, no sé, viendo por la ventana”.

—El poder puede ser el olvido parcial de la condición femenina, entendida ésta como resumen de la tradición de sujeciones, humildad forzada, segundo o tercer plano, pasividad, falta de lo mero principal (recuérdese la campaña de Roberto Madrazo y su ideario testiculario). Con el poder se ejerce de otra manera, todavía muy minoritaria, la condición feme-

nina. Y el proceso es muy arduo. Rosa Luz Alegría no encuentra ni en la historia ni en la literatura un modelo, alguna mujer ideal: “No, definitivamente. Yo quería ser como Alejandro Magno, como Pericles. Pero mujer, ninguno. Ni Cleopatra, ni Madame Curie. No, mujer no, mujer ninguna”. Elba Esther Gordillo puntualiza: “Nosotras (las mujeres) estamos apenas aprendiendo a usar el poder... las mujeres tenemos mucho miedo a decir: Somos de poder, sí soy una mujer de poder, sí quiero el poder”. Y Silvia Hernández reconsidera: “...es cierto, las mujeres mexicanas hacen discursos muy masculinos, nunca incluyen temas de mujeres, es más: eluden la temática femenina y si pueden parecer menos femeninas mejor”. Falta precisar qué es “lo femenino” y cuál es la temática “masculina” en un discurso político cerrado a la noción de género, pero ha sido evidente la búsqueda de las semejanzas con los hombres para atenuar las limitaciones impuestas.

—El poder, tratándose de mujeres, siempre es emblemático en algún nivel. Un hombre jamás representa a su género: una mujer lo hace de manera casi inevitable porque al ser secretaria de Estado, gobernadora o senadora, es una excepción o una concesión

a la demografía, y la excepcionalidad le confiere un perfil simbólico.

—El poder, en las mujeres, se traduce hasta el momento en el éxito condicionado. Cada una de las entrevistadas conoce el éxito en sus propios términos. Rosa Luz Alegría, reconocida durante un sexenio, es la primera secretaria de Estado: Elba Esther Gordillo es la lideresa del SNTE, y la poseedora de un largo historial de cargos y representaciones, la secretaria general de la CNOP; Elisa, que se disocia de las nociones prevalentes de éxito, es sobreviviente de dos represiones: la tragedia de la granja de Nepantla y la detención a causa de sus vínculos con el EZLN, lo que la conduce a su primer instante de triunfo al ser presentada con el juez en 1995: “Aquello estaba atascado de periodistas, desbordando las barreras del juzgado, estaban familiares, estaban amigos, compañeros de trabajo, había gente de los partidos, había gente del PRD, habían invadido prácticamente el recinto del juzgado, estaba aquello llenísimo de gente que me hizo entender que no estaba sola”. Silvia Hernández ha sido diputada federal, senadora, directora del CREA, secretaria de Turismo. Rosario Robles es la primera jefa de gobierno de la ciudad de México.

Con todo y esto, se les sigue presentando como excepciones: “A pesar de ser mujer...”, y la conciencia de las limitaciones del género es, como se le quiera ver, la disminución de facultades que el patriarcado ordena.

—El poder deja de ser patrimonio de un género porque se aferra a dos estructuras pétreas: la del monopolio masculino de las oportunidades y la del recelo generalizado ante la capacidad de las mujeres. “Nuestra primera obligación, asegura Rosario Robles, es demostrar que somos capaces, y que es realmente positivo el que se abran los espacios.”

—El poder, según el imaginario colectivo o, si se quiere, según la tradición nacional e internacional, es cuestión de rasgos negativos: dureza, implacabilidad, complicidades a pasto, vocación de saqueo, falta de escrúpulos, demagogia, escenografías turbias. Al no participar de la centralidad del poder, las mujeres se evaden del halo funesto determinado por la experiencia, el resentimiento y la necesidad de explicarse con rapidez los desastres. Hasta ahora, las mujeres —no obstante las aportaciones de Margaret Thatcher— se han exceptuado de esa identificación sumaria de política y autoritarismo feroz, de política y delito, de política y abuso inmisericorde, lo ya

apuntado en el comportamiento de muchas lideresas de colonias populares, gremios y movimientos sociales que proceden al modo de señoras feudales. Pero no obstante la tendencia a un liderazgo femenino “de línea dura”, todavía se le confiere a las mujeres en política o la disposición manipulable o la inocencia proverbial de su sexo, cualquiera que ésta sea. Esto a fin de cuentas y dada la cultura política de México se traduce en falta de confiabilidad. Las mujeres, se piensa, ni siquiera han tenido la oportunidad del engaño y la delincuencia.

—El poder necesita ejercerse, y entre las mujeres, ese conjunto mayoritario tratado como minoría, la meta y el medio de las transformaciones requeridas es el *empoderamiento*, vocablo que me resulta disonante y que ya es inevitable. El *empoderamiento* es la acción colectiva sin la cual no se produce el cambio, es la distribución más democrática de los poderes en la sociedad.

¿Cuál es el porvenir previsible de las mujeres, en los partidos, en la administración pública, en el congreso, en las organizaciones no gubernamentales, en las realidades tan afantasmadas y tan con-

cretas de la sociedad civil, en el debate nacional? *Mujeres y poder* proporciona indicios de consideración. Obligadas a reconocer a lo largo de sus carreras, que lo personal (el género) es político (las oportunidades que se les niegan o escatiman, el esfuerzo que siempre deben aportar), las mujeres en la política están al tanto de su destino a corto y mediano plazo: enfrentarse a los problemas nacionales, y, también, a afrontar a soslayar lo que les corresponde, de la violencia intradoméstica al doble estándar laboral. No es profecía señalar que en los años próximos se ampliará la presencia política de las mujeres, no es tampoco ansiedad visionaria afirmar que sólo una mujer en la presidencia de la república hará innecesaria la publicación de libros como *Mujeres y poder*. ¿A quién, sino a un psicoanalista o un encuestólogo se le ocurriría hoy llevar a la imprenta un libro intitulado *Hombres y poder*?

Carlos Monsiváis

Sabina Berman y Denise Maerker, *Mujeres y poder*, Editorial Raya en el Agua, México, 2000.